

ENTREVISTA CON HORACIO VÁZQUEZ RIAL¹

a cura di Rosa Maria Grillo

P. *Buenos Aires ha sido una de las grandes capitales del exilio. Qué recuerdos tienes y qué influencia tuvo el exilio español en la cultura argentina? Se integró en el ambiente cultural o se quedó apartada, alrededor de sus editoriales y sus revistas?*

R. España estaba en Buenos Aires antes de la guerra y antes de la república. España estaba allí desde el comienzo. Al decir el comienzo me refiero a la organización del Estado argentino, a la década de 1880, es decir, al período en que España y Argentina empiezan a ser dos países netamente diferenciados, aunque una lengua común los separe. Está claro que el proceso de independencia, en 1810, parte del gesto de un grupo de españoles que dejan de reconocerse tales, como en toda América latina; no por instinto patrio, sino por intereses fiscales. Pero en el 80, la Argentina, que ya empieza a recibir contingentes migratorios del mundo entero, que ya tiene una población italiana numéricamente muy importante, y a la que llegan cada día polacos, rusos, súbditos turcos de distintas naciones, judíos de toda Europa y perseguidos de todas partes, es un país muy diferente del colonial, y posee una prensa muy poderosa, que influye en todo el continente. Para los escritores del idioma, publicar en “La Nación”, el diario de los Mitre, era un signo de consagración. Allí aparecieron con regularidad las firmas de Darío, de Unamuno, de Valle Inclán.

1. La obra de Horacio Vázquez Rial, nacido en Buenos Aires en 1947 y radicado en España desde 1974, pertenece por derecho propio a dos literaturas, la española y la argentina, y su autor posee por derecho de nacimiento dos pasaportes. Es autor de las novelas *Segundas personas* (Madrid, Alfaguara, 1983), *El viaje español* (Madrid, Alfaguara, 1985), *Oscuras materias de la luz* (Madrid, Alfaguara, 1986), *Historia del triste* (Barcelona, Destino, 1987), *La libertad de Italia* (Barcelona, Destino, 1987), *Territorios vigilados* (Barcelona, Destino, 1988), *La reina de oros* (Barcelona, Plaza y Janéz, 1989), *Los últimos tiempos* (Barcelona, Plaza y Janéz, 1991), *La isla inútil* (Barcelona, Juventud, 1991), *Frontera Sur* (Madrid, Alfaguara, 1994) y *El lugar del deseo* (aparecerá en el otoño de 1996). Como ensayista, ha escrito *Buenos Aires* (Barcelona, Destino, 1988) y *La Guerra Civil Española. Una historia diferente* (Barcelona, Plaza y Janéz, 1996), y ha dirigido la obra colectiva *Buenos Aires 1830-1930* (Barcelona, Destino, 1996). Ha publicado poesía *Los borrachos en el cementerio* (1979), y está

en preparación la edición de su obra poética dispersa, con el título general de Occidente y prólogo de José Agustín Goytisolo. Crítico literario y analista político, ha colaborado durante diez años con el diario "El País" de Madrid, es miembro del consejo de redacción de la revista "El Urogallo", ha publicado artículos en más de cincuenta medios en todo el mundo.

Después vino "Sur", la revista de Victoria Ocampo, hasta cierto punto complementaria de la "Revista de Occidente" de Ortega y Gasset. Los dos medios implicaban un intercambio constante de nombres y personas. En las fiestas del Centenario de la Independencia, entre los visitantes ilustres que recibió Buenos Aires se contaron Ortega y Munilla y su hijo, José Ortega y Gasset.

Las amistades particulares fueron tejiendo una red sólida, que ya existía en 1936. En 1930, Francisco Ayala, por ejemplo, visitaba regularmente la casa de los Bioy Casares y de los Ocampo. La Editorial Losada, dirigida por un gallego emigrante, don Gonzalo Losada, estaba allí cuando comenzó el tráfico de exiliados de 1939. Es más: una parte importante del medio editorial porteño era obra de españoles; sobre todo, en la izquierda: Claridad había sido fundada por el español Antonio Zamora y españoles eran Santiago Rueda, con casa impresora propia, y López Llausás, fundador de Sudamericana. No hay separación real entre el mundo cultural español y el argentino, sólo que la presencia física de algunos intelectuales se hace más constante. Alberti, Guillermo de Torre, Ayala, Baeza, protegido por Victoria Ocampo, los pintores Seoane, Laxeiro o Maruja Mallo son auténticas figuras locales, sin perder su perfil español. Y no se debiera hablar únicamente de escritores, editores y artistas. El jurista Jiménez de Asúa, el historiador Claudio Sánchez Albornoz, tuvieron cátedra universitaria y fueron maestros reconocidos en sus respectivos campos, sentando escuela. La historia de la pedagogía argentina no se entendería sin Sarmiento, pero tampoco sin Lorenzo Luzuriaga. El enorme desarrollo del psicoanálisis en la Argentina no se explicaría sin la emigración de los médicos, sobre todo catalanes, que en los años Treinta ya trabajaban en España en esa línea: Emilio Mira y López, Guillermo Vidal, Ángel Garma, Sauri...

Por otra parte, la causa republicana, cuyo valor simbólico no se diluye con la derrota antes bien, creo que se refuerza en un sentido utópico, es un poderoso factor de organización para la izquierda argentina. Las convocatorias a la solidaridad con los republicanos rara vez son desoídas, sea que procedan de los comunistas, de los socialistas o de los anarquistas, cuya máxima figura dirigente en la Argentina es un español, Diego Abad de Santillán. El partido comunista, hasta los años Sesenta, movilizó más gente con los actos organizados con motivo de la liberación de Marcos Ana y de Luis Alberto Quijada de las cárceles del franquismo, que en tomo de cualquier causa propia. El entierro más concurrido de la ciudad de Buenos Aires, después del de Carlos Gardel y antes del de Eva Perón, fue el del líder republicano galleguista Alfonso Rodríguez Castelao, cuyo cortejo acompañó más de medio millón de personas. Quien suponga que los republicanos españoles se mantuvieron a un lado de la vida argentina, se equivoca. La célebre solidaridad del presidente Lázaro Cárdenas, de México, con los exiliados españoles,

tenía su vertiente negativa: no podían intervenir en la vida política mexicana. Esa es una cuestión que merece un serio análisis, que no me corresponde a mí. Pero en la Argentina, una prohibición de ese tipo era imposible, a menos que se introdujeran políticas discriminatorias, algo inconcebible en un país que seguía rigiéndose en su recepción de pobladores por la idea alberdiana de que “gobernar es poblar”. ¿Cómo se podían poner trabas para el ejercicio político o cultural a unos cuantos españoles, en una ciudad que, como Buenos Aires, venía recibiendo a diario a cientos de ellos desde hacía décadas sin ningún requisito y que facilitaba sin reservas los pedidos de nacionalización? ¿Cómo diferenciar a unos de otros? ¿Quién era inmigrante y quién exiliado? El Protocolo Perón-Franco se firmó en 1948. Antes de eso, la Argentina, que, pese a sus manifiestas simpatías por el Eje, hizo una declaración de guerra al mismo a último momento, cuando faltaban días para la finalización de la contienda, debía ganarse el reconocimiento de los aliados mostrando una conducta irreprochablemente democrática, que incluía la recepción de españoles.

Yo viví entre exiliados republicanos. Por razones históricas y de familia, ligados a la Federación de sociedades gallegas, institución alternativa al Centro gallego de Buenos Aires, cuyos dirigentes simpatizaban con Franco y en cuya clínica, sin embargo, nací en 1947, en uso de los derechos adquiridos por la condición de inmigrante de mi padre ante una organización de colectividad que ya contaba con más de setenta años de existencia. De otra parte, mi familia había estado siempre vinculada a América. Mi abuelo paterno había estado en La Habana en 1915, con poco éxito. Por la rama materna, mi bisabuelo, don Manuel Posse, había participado en la fundación de instituciones comunitarias, como la Asociación española de socorros mutuos o el Hospital español, en Cuba, Uruguay y Argentina. De hecho, me crié en una casa de pisos en la que pagábamos un bajísimo alquiler por ser propiedad del Hospital español. No se trataba, sin embargo, de emigrantes netos. Eran gallegos que viajaban, y si, en el curso del viaje, la mujer quedaba embarazada, se la enviaba a parir a Galicia: los descendientes eran gallegos. Por el lado paterno, fui el primero en nacer en Buenos Aires. Por el lado materno, el segundo. No obstante, aunque parezca contradictorio, muchos de esos gallegos pasaban la mayor parte de su vida en la otra orilla y algunos, como mi tío José Lema, muerto en 1975 en La Coruña, después de pasar un tiempo de cárcel con Franco, fueron activos militantes socialistas, comunistas y anarquistas allí donde se encontraran.

Como escritor, yo soy un producto de la cultura republicana en el exilio. Es decir, de una concepción ilustrada de la cultura, que era lo que determinaba que las obras más importantes de la intelectualidad europea y norteamericana, desde Sartre hasta Steinbeck, desde Pavese hasta Hemingway, se tradujeran inmediatamente y se divulgaran al mundo de habla española desde Buenos Aires. El estudio de catálogos editoriales demuestra que este fenómeno era más propio de Buenos Aires que de México. En México, lo español era más específico, menos decididamente mexicano. Pero en mi biblioteca puedes comprobar que La forja de un rebelde de Barea, *Los caminos de la libertad* de Sartre y *Los isleros del argen-*

tino Ernesto Castro aparecieron en la misma colección de Losada. La cultura republicana distaba mucho de ser una cultura nacional en sentido propio: aspiraba a ser una cultura cuyo signo distintivo fuese el cosmopolitismo. Los catálogos americanos merecen un análisis comparativo con los catálogos españoles de los años Veinte y primeros Treinta, y muy en especial los de Cénit y Madrid, donde marcaba rumbos la inteligencia, el saber y la buena voluntad de Julio Alvarez del Vayo y contribuían personalidades como Baeza y Diez Cañedo.

¿Se puede dibujar una evolución o involución del exilio al compás de la evolución de la política argentina, es decir, del proceso de afirmación del peronismo?

Frente al peronismo, ciertos sectores, minoritarios, de la izquierda activa, generaron escisiones. Gentes como el comunista Rodolfo Puiggrós o el trotskista Jorge Abelardo Ramos decidieron, en nombre de los componentes populares del nuevo movimiento, apoyar a Perón. Pero los exiliados españoles tenían el olfato demasiado afinado y una experiencia demasiado reciente a las espaldas, para simpatizar con una experiencia fascista. Muy pocos dieron ese paso y, si Perón tuvo colaboradores españoles en sus gobiernos, no fueron precisamente de izquierdas. Por el contrario, el teórico de la misión Braden de la embajada americana, que hizo efectiva en la Argentina la política de acuerdos de los aliados, apoyando, con la inspiración de Eleanor Roosevelt, a la Unión democrática, el movimiento frente-populista organizado para detener el ascenso de Perón, fue un coronel de la República española, Gustavo Durán, que había adoptado la nacionalidad estadounidense por matrimonio.

La firma del *Protocolo* en 1948, aunque sus términos no fuesen públicos, y la visita de Eva Perón a España en los años del hambre acabaron con las dudas de los vacilantes. En 1961, seis años después de la caída de Perón, sin embargo, el partido comunista, de ciega obediencia soviética y bajo la dirección de un italiano que había desempeñado un triste papel en la guerra civil española como responsable de checas, torturas y desapariciones en nombre de la República, Vittorio Codovila, cambia de línea. Codovila escribe y publica en la editorial del partido, un informe titulado *El giro a la izquierda del peronismo*. Es el primer paso hacia la aceptación pública del peronismo como movimiento popular, instrumento objetivo del progreso de las masas trabajadoras, de antigua raíz fascista, pero transformado por la historia en algo nuevo.

Se trata, evidentemente, aunque entonces fuese casi imposible entenderlo así, de una iniciativa soviética. La Urss seguía adelante con su política de conquista de aliados, nacida con Stalin. La misma que le permitió vender amias a Nasser mientras éste fusilaba a los miembros de la dirección del PC egipcio. Perón era el primer eslabón de una cadena de contactos con políticos y militares que culminó en el irrestricto apoyo soviético a la dictadura de Videla. Cuando la política de derechos humanos del presidente Carter llevó a dictar el embargo a la Argentina,

la Urss siguió comprando productos agrícolas argentinos, que tal vez ni siquiera necesitara, y condecorando a generales argentinos que la izquierda mundial repudiaba por sus conocidos crímenes.

Pues bien: cuando Codovila da a conocer la nueva política comunista, muchos españoles, militantes consecuentes de toda una vida, le siguen. No la mayoría, pero sí muchos. Algunos, como Quesada, que sale de veinte años de cárcel en España, reclamado por el gobierno argentino de Frondizi, en 1959, no rompe con el partido hasta los sucesos de Praga. Pero esa actitud no puede ser criticada como actitud de republicano español exiliado, sino como actitud de militante comunista, plenamente integrado en la política argentina. Yo no haría un análisis del proceso de los exiliados republicanos en relación con el peronismo. Haría un análisis del proceso de los españoles. Y de los italianos. Y de los polacos. Hasta de los judíos, cuya adhesión al peronismo era inconcebible, por los contenidos antisemitas del movimiento en 1945 o en 1950, pero que fue efectiva en los últimos años Sesenta y primeros Setenta.

Los exiliados, ¿sufrieron censura y problemas? ¿Por qué a Bergamín se le prohibió la entrada en la Argentina, mientras que otros, como Alberti, pudieron quedarse allí hasta los años sesenta?

Los exiliados españoles sufrieron, bajo el peronismo, y bajo los sucesivos gobiernos militares que jalonan la vida argentina hasta 1982, la misma censura y los mismos problemas que los argentinos de izquierdas. Bergamín tenía vedada la entrada en la Argentina en la misma época en que la tenía vedada Alfredo Palacios, presidente del Partido socialista argentino y exiliado en el Uruguay.

Rafael Alberti y María Teresa León eran figuras públicas, de gran trascendencia en la vida argentina, y no le era fácil a ningún gobernante expulsarlos o meterlos en la cárcel. Además, existen razones personales, morales y políticas para cada trato diferente. Hay quien posee una mayor capacidad de negociación, una mayor flexibilidad en sus relaciones con el poder, y un mayor respaldo político; para el caso de Alberti, el del PC, que era, nada más ni nada menos, el de la Urss. Bergamín, un hombre de reconocida integridad moral y célebre independencia de juicio, no contaba con esas ventajas. Las comparaciones, dicen, siempre son odiosas. Yo creo que son necesarias. La que tú propones es imprescindible, reveladora. Alberti, como todo hijo de vecino, tiene que cargar con su pasado. Bergamín cometió errores, pero ninguno de ellos le proporcionó ventajas. Se ganó enemigos en el campo republicano sin que ello sensibilizara al franquismo en su favor. Nadie le reconoció nada, ni le otorgó un premio Lenin. En el pasado de Bergamín hay errores, pero no sombras.

¿Cómo has vivido tú, hijo de exiliados, aquel tiempo, y cuánto ha influido el ser hijo de exiliados españoles en tu decisión de exiliarte, y exiliarte en España?

Yo vengo de una familia de tradición antifascista y, en consecuencia, antiperonista. Activamente antiperonista, hasta el punto de haber contribuido al derrocamiento del régimen en 1955. Pasamos mucho miedo. Los inspectores de hacienda del gobierno peronista encontraron argumentos para cerrar el restaurante que mi padre poseía en Buenos Aires. Uno de mis tíos, radical, fue encarcelado y otro, socialista, apaleado. Yo no decidí exiliarme. El exilio no es una decisión. Es una imposición. Tuve que irme para que no me mataran. Ni más ni menos. Escogí España como lugar de destino porque, naturalmente, tenía nacionalidad española, conocía el país, tenía amigos... y porque, de una u otra forma, yo hubiese terminado residiendo, al menos durante una parte importante de mi vida, aquí. España es, para mí, el país de los cuentos de infancia, el país de los mitos revolucionarios, el país donde se pudo resolver el destino del mundo. En un cierto sentido, yo no vine a España, sino que regresé a ella en el lugar de mi padre.

Para explicar eso escribí *El viaje español*. Vivía Franco y, naturalmente* me integré a la oposición* cumpliendo con un capítulo más de mi vida política, que no se hubiese interrumpido en ninguna parte.

¿Cuánto y cómo esas historias de exilios han influido en tu obra?

Absolutamente. Son el eje de mi obra. Mis personajes se mueven siempre entre dos mundos. Mis intereses académicos me llevaron igualmente a tratar de los problemas migratorios y redacté una tesis doctoral sobre el proceso de población del Río de la Plata. Es decir* retrocedí hacia los antecedentes de mi propia experiencia, hacia la historia de los vínculos de mi familia con América a lo largo de un siglo. *Frontera Sur* es la novela de la emigración española* de la formación de Buenos Aires y del retomo de los más lúcidos a España para integrarse en la lucha republicana. Su argumento va de 1880 a 1936. Pero esa emigración española tiene ya mucho de exilio y* por supuesto* los personajes de otros orígenes que transitan por el libro* desde del alemán Frisch* socialista* desertor en las matanzas de la Comuna de 1870* hasta los judíos Rosen* escapados de los pogromes del Imperio ruso, son decididamente exiliados.

Aquí se está hablando del exilio español del '39. Por lo que has escuchado, ¿te reconoces en alguna categoría general del exilio, o piensas que cada exilio tiene sus características, sus problemas, etc.?

Existen condicionantes históricos. Franco se mantuvo en el poder casi cuarenta años, mientras que la dictadura argentina duró seis. Eso marca diferencias. Después de cuarenta años, a lo sumo, regresan los hijos. Al cabo de seis* regresa el que quiera. Sin embargo* la gama de actitudes ante el exilio que he conocido en un caso y en el otro* desde las disquisiciones organizativas hasta las actitudes individualistas* desde el odio al país de recepción por el simple hecho de no ser el país de origen, hasta el enamoramiento loco y definitivo de la tierra de acogida, que transforma el exilio en la realización de un destino que, de otro modo, nunca hubiese sido siquiera sospechado, son las mismas.

Terminada la dictadura, ¿cómo está evolucionando la situación en Argentina?

En el mismo sentido en que está evolucionando el conjunto del planeta. No se equivocaban los soviéticos al diferenciar entre el dictador Pinochet y el general nacionalista Videla. Pinochet abría las puertas del liberalismo económico delirante, la pesadilla del thatcherismo, mientras Videla hacía esfuerzos por conservar un estado de cosas tradicional, el modelo de Estado agro ganadero exportador. Tuvo que venir Menem, por la vía democrática, para hacer lo que Pinochet hizo desde la autocracia: ultraliberalismo, privatización absoluta, desmantelamiento del Estado...

Y esta última etapa de Menem y su “revolución” en lo económico, ¿sirve para algo o es sólo una máscara?

Es lo que es: la “revolución” thatcheriana reaganiana, aunque los capitales predominantes ya no sean de marca anglosajona. Todas las privatizaciones del gobierno Menem se han hecho con el respaldo de bancos alemanes. Los capitales sirios circulan libremente en la Argentina. Hay un desplazamiento evidente, para quien lo quiera ver, de la hegemonía imperial hacia Europa, con eje obvio en Alemania, en desmedro de los Estados Unidos. La rendición incondicional de la Urss ha permitido el establecimiento del mercado mundial sin fronteras y ha trastocado la relación de fuerzas en el conjunto. Pero, más allá del nombre o el idioma del gran patrono, la tendencia es idéntica en todas partes: menos ricos, con mayor riqueza, y muchísimos más pobres, con mayor pobreza. Para quienes atien-

den a los indicadores financieros, las acciones suben y el PIB también. Pero los pueblos tienen cada día menos.

¿Has visitado Argentina? ¿Y por qué has decidido quedarte en Barcelona, aun pudiendo volver?

Como escritor, podría vivir en casi cualquier parte. Siempre en una ciudad grande. Yo soy un animal urbano, amante del anonimato y del mudo. Me casé en Barcelona, con una mujer nacida en Barcelona, y tuve con ella dos hijas. Tal vez ellas sean la primera generación de no desarraigados en una larga saga de gente sin verdadera residencia a lo largo de dos siglos. Pero, por otra parte, no es cierto que yo pudiera volver a Buenos Aires. No al Buenos Aires que conocí y que se ha convertido en una entidad literaria, que es lo que de verdad me interesa. Ahora hay allí otra ciudad, una especie de cementerio. Con una única excepción, aquellos de mis amigos de infancia y adolescencia que no desaparecieron, se marcharon también y viven en otros países. No, no podía realmente volver.

Tus personajes son casi siempre hombres desarraigados, que huyen de algo, si no de sí mismos. ¿Reflejas en ellos tu misma situación de desarraigado típico por estar exiliado o consideras que ésa es la situación típica del hombre moderno?

Es cierto que yo soy un desarraigado absoluto. Pero ése es mi problema, no es generalizable a ese conjunto que solemos llamar “el hombre moderno”. La literatura de este siglo da muestras de experiencias vitales muy diversas. Camus, el Camus de *El extranjero*, es un narrador del desarraigo. El problema de Roquentin, el protagonista de *La náusea* sartreana, no es el desarraigo: es la alienación, en el sentido más estricto del término: el extrañamiento del mundo, la ajenidad respecto de lo real. Faulkner, en el extremo opuesto, es un novelista del arraigo: sus personajes crecen hasta invadir el espacio que les rodea, se extienden, pero, como los fluidos, acaban por adoptar la forma del recipiente, de su recipiente social y geográfico. La crueldad, en Faulkner, es la crueldad de los que se adueñan y, por lo tanto, se quedan. La crueldad del desarraigo está vinculada con la experiencia de la partida constante: no importa lo que suceda después, yo no estaré. La crueldad sartreana es la del presente/ausente: no siento nada, esté o no esté; no me duele partir ni permanecer: me duele el no dolor.

Respecto de mis personajes, te diré que yo no los siento como desarraigados: se han establecido en un espacio concreto: el del viaje. Que probablemente, además de ser el espacio de la búsqueda, sea el espacio del mestizaje. *Frontera Sur* es la historia de un viaje, que aún no ha terminado. Tiene un título provisorio: *El*

soldado de porcelana. Es, centralmente, la historia de la vida de un personaje real, el coronel Gustavo Durán, músico de la generación del '27, héroe de la guerra civil española, organizador de la oposición a Perón, víctima favorita del senador Joe McCarthy y muchas cosas más... Pero no es una historia aislada. En la novela reaparecen personajes de *Frontera Sur*, de *Los últimos tiempos*, de *La reina de oros...* y el narrador, Vero Reyles, es el mismo. Estará terminada a mediados de 1996.